Cruza el puente de Tus finanzas
Un plan de acción para avanzar
ANA CORTÉS

GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

CruZA el puente de tus finAnZAs

Un plan de acción para avanzar

AnA Cortés

© 2013 por Ana Cortés

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Editora en Jefe: Graciela Lelli

Adaptación del diseño al español: Grupo Nivel Uno, Inc.

ISBN: 978-1-60255-972-1

Impreso en Estados Unidos de América

13 14 15 16 17 RRD 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Introducción vii

1 . Aprende a ser transparente 1

2 . Aprende a ser de una sola pieza 25

3 . Di no a la manipulación engañosa y sí a la persuasión creativa 37

4 . ¿Dónde estoy parada? 49

5 . Las palabras NO se las lleva el viento 63

6 . ¿Cómo salgo de las deudas? 75

7 . Plan de acción: de delante hacia atrás. 95

8 . El lugar de acuerdo es el lugar de poder 113

9 . El regalo de la esperanza 123

10 . La abundancia 133

Acerca de la autora. 163

Aprende a ser transparente

Me miento diariamente, y lo aprendí hace muchos años. Así aprendemos todos, cuando tenemos que decirnos que todo estará bien, y estamos viendo cosas en tu casa que te dicen que NADA está bien. La transparencia es simplemente verte tal y como eres, reconocer los erro-res, las áreas de oportunidad, tus debilidades. Pero sin juicio. Únicamente con el afán de entender que, si lo puedes reconocer, lo puedes cambiar. Ser transparente también es entender por qué y para qué nos mentimos. Qué es lo que nos mueve en la vida. Cuáles son las emociones que nos detienen o que nos impulsan. La transparencia tiene su raíz en la responsabilidad y tiene su fruto en la responsabilidad. No puede haber transparencia sin ser responsable de cada parte de tu ser.

Un día estaba yo jugando a las canicas con mis amigos en la «vecindad» cuando a la entrada de esta veo a mi papá que venía ayudado por un policía, estaba alcoholizado y sangrando de un brazo; creo que yo tenía diez años (la verdad no recuerdo bien, porque como muchas cosas en mi vida, decidí bloquearlo), recuerdo que mi corazón empezó a latir fuerte, muy fuerte, y mi cabeza empezó a pensar que mi papi estaba mal, ¿tal vez moriría? El policía se acercó a mí, con mi padre en los brazos y me pregunto en dónde lo podría recostar, lo llevó hasta la recámara y ahí lo dejó acostado, sin antes decirme que no me preocupara, que estaría bien, pero que era importante llamar a un doctor para que lo revisara. Mi papá balbuceaba y entre lo que me alcanzó a decir me dio las instrucciones para que fuera a buscar al hermano de un vecino que era médico. Fui corriendo y lo traje. Cuando entró el doctor a la habitación me pidió que yo saliera, en ese momento empecé a orar, a pedirle a Dios que mi papi no muriera, que todo estuviera bien. Siempre le pedía a

Dios que mi papá cambiara, por supuesto que no le deseaba la muerte, aunque sintiera tanto coraje por lo que hacía; me preguntaba si yo no le importaba, si mi mamá y mi hermana no eran importantes para él. ¿Por qué un ser humano lastimaría lo que más ama? Con el tiempo entendería que los seres humanos somos la especie más extraña de descifrar, que todo lo que yo pueda suponer sobre el actuar de alguien, es eso, solo suposiciones, y que muchas veces la gente solo hace lo que se le enseñó, y que la mayoría de las veces también lo hace sin siquiera la intención de hacerlo.

Y es que recuerdo a papá como una dicotomía, de esas que la vida te prepara de manera grosera, con la única intención de que aprendas a valorar todo y a buscarle el lado positivo. Por un lado, ha sido el ser más amoroso que he conocido, me hacía sentir especial, amada, me sentaba en sus piernas y me decía que yo era su vida, que era su princesa, y con eso ganaba mi corazón. Sin embargo, por el otro lado, con su condición de alcohólico, destruía mi niñez, mi inocencia. Papá era un hombre apasionado, reconozco esa pasión en mí, reconozco su amor en mí. Él me enseñó a amar. Aunque he tenido que ir «modificando» la forma de amar, porque ahora entiendo que el amor es mucho más que palabras bonitas. Papá, por un lado, me amaba, pero por el otro me daba sufrimiento.

Recuerdo haber tenido fiestas de cumpleaños en las que no quería que él estuviera, porque ya sabía cómo terminaría la historia: el borracho, y me preocupaba que mis amiguitas se fueran, que sus papás no las dejaran venir a mis fiestas. Entonces, me empecé a mentir diciéndome que todo estaría bien, que mi papá cambiaría, que yo le importaba lo suficiente como para dejar el alcohol . . . Cosa que nunca pasó, papá murió de cirrosis, y con él mi esperanza de tener una relación diferente con quien me dio la vida. ¿Cuántas veces en la vida nos autoengañamos con el afán de hacer menos dolorosa nuestra realidad? El reto es cuando aprendes esto como fórmula ganadora para evitar ser transparente contigo misma, y vas creando una telaraña de irrealidades solo para sobrevivir al dolor, en lugar de ver las cosas como son y en base a eso tomar las mejores decisiones.

Y el día del accidente no fue diferente, cuando salí de la habitación y entré en la minúscula sala de mi casa, empecé a llorar, a implorarle a Dios que no me quitara a mi papá. Y me repetía que todo estaría bien, que mi papi se curaría y todo volvería a la normalidad. Le pedí perdón a Dios por si en algún momento de angustia, ante las situaciones del alcoholismo, llegué a pensar, aunque fuera por un segundo, que prefería no tener papá . . .

Me arrepentí de cada momento que me enojé con él, de cada situación en la que lo quería lejos de mí o dormido para que no me lastimara más, le pedí a Dios que me ayudara a ser más paciente, más buena niña, tal vez así mi padre dejaría el alcohol. Y es que los que han pasado por lo que yo viví entienden que en muchos momentos de dolor lo único que deseas es que esa persona se vaya, desaparezca por arte de magia, y un día regrese son-riendo, diciéndote que ya no existe el alcohol para ella.

Así me mentí también con mi primer esposo, sabiendo que no había esperanza en nuestra relación, era tanta mi necesidad de hacer que funcionara que me mentí hasta el día en que se fue de la casa.

También aprendimos a no ser transparentes con nosotras mismas cuando nuestros padres nos veían llorar y nos decían: No llores, no tienes razones. Y después de eso, nos decían: ¿Quieres llorar de verdad? ¡Te voy a dar razones para que lo hagas! Y entonces, venía el golpe, la nalgada. Al menos yo aprendí que el dolor no era dolor, que la alegría no era alegría. Aprendí a no llamar a mis emociones por su nombre, a no reconocer mis necesidades como ser humano, a aguantarme el coraje, a no permitirme llorar cuando deseaba hacerlo, y eso me llevó a tener un cúmulo de dolor albergado en mi alma, que me llevaba a creer que yo era víctima de todos y a su vez a querer hacer víctimas mías a la mayoría de la gente alrededor. No sé si a ti te pase eso, o si en algún momento de tu vida te has encontrado con que aún hay cosas del pasado que te duelen, que las recuerdas como si acabaran de pasar. Vale la pena escudriñarte, ya que todas esas emociones tarde o temprano nos cobran la factura, o nosotros se la cobramos a los que

amamos, a nombre de la persona que nos hirió. Pagan justos por pecadores, dirían por ahí . . . Muchas veces sin razón, sin un propósito, solo con la intención de mitigar un dolor que no sabemos cómo sacarnos de nuestro corazón.

Un penoso olvido

Es triste admitirlo, pero los seres humanos nos hemos olvidado de ser transparentes, hasta con nosotros mismos. Tenemos tanto miedo de mostrarnos tal y como somos, que caemos con facilidad en la maldición del autoengaño, en demostrar a toda costa lo que no somos. Sin embargo, hay que decir que si la brújula de la honestidad y la verdad no es la guía primaria que rige nuestras vidas, es poco probable que triunfemos en cualquier área, y menos en el mundo de las finanzas. Hasta que no sepamos con certeza quién está dentro de nosotros o quiénes somos, con todas nuestras virtudes, potenciales, debilidades y carencias, no podremos tener negocios y finanzas exitosos. Esa es la única manera de conducir nuestra vida por el sendero del triunfo, en cada paso que demos y en cada decisión trascendental que tomemos. Además, cuando sepamos cuáles son los hilos internos que nos mueven, proyectaremos una imagen ante los demás sin ningún tipo de complejo o alteración. En muchas ocasiones, esos hilos son historias del pasado que nos siguen atormentando o nos siguen animando a tomar decisiones en nuestras finanzas, relaciones y hasta en lo que nos permitimos creer que merecemos y lo que no.

Es imperativo hacer un alto y realizar una lista de los autoengaños que usamos en la vida, y aun si quieres ir más allá, preguntarles a tus familiares, a tus amistades, los que sabes que no te mentirán y te dirán la verdad. Esto te ayudará a determinar las áreas que tienes que cambiar, y hasta te dará luz para ver por qué tienes los resultados obtenidos en las diferentes áreas de tu vida.

Una elección más adecuada

La transparencia no es fácil porque nos exige estar preparados de forma mental y emocional para reconocer con honestidad toda la información que hemos almacenado en nuestra mente y corazón. Todo ese bagaje dañino que arrastramos con los años ni siquiera lo colocamos nosotros, sino que fue depositado por las personas que más nos han influenciado desde la infancia hasta el presente.

La gran mayoría de nosotros conocemos muy bien esa sucie-dad; y ya que conocemos su apariencia y olor, optamos por cerrar la puerta y fingir que no vemos y que no percibimos el desagradable aroma. Basados en el fingimiento y la indiferencia, comenzamos el triste camino del engaño. Poco a poco aprendemos a ver cosas que no existen, a ignorar lo más evidente y a mentirnos a nosotros mismos, con el fin de no tener que hacer un inventario de todas las pestilencias internas que nos consumen.

Está claro que este equipaje interno influye en todas las áreas de la vida. Desde la autoestima, las relaciones interpersonales y la vida espiritual, hasta las finanzas personales. No obstante, cuando alguno de nosotros se abre y decide ser transparente consigo mismo, puede entonces verse tal como es, sin hacer juicios ni evaluaciones apresuradas. Esta posición madura y honesta le per-mite, además, hacer un inventario que con el paso del tiempo le ayuda a decidir lo que sirve y lo que no, sin sentimientos de culpabilidad, de drama o de chantaje.

Lo importante de la transparencia personal

Pero por lo general, la transparencia no estuvo entre los valores que nos fueron impartidos. En cambio, aprendimos a fingir, a asumir que todo estaba bien o que todo estaba mal, o a ignorar lo que estaba pasando tanto adentro como afuera de nosotros.

Nos enseñaron a olvidarnos de la realidad que no convenía, a ver con ojos de indiferencia lo que en verdad estaba adentro o lo que en realidad queríamos, y a tomar con seriedad solo aquello que nos ayudaba a dar una imagen exterior agradable, incluso cuando no fuera real.

Con tristeza nos fuimos acostumbrando a una imagen ficticia, fantasiosa; hasta que ya no fuimos capaces de reconocer quién estaba dentro de nosotros. Nos alejamos tanto de nuestro verdadero ser interior, que ya no pudimos ver con transparencia. De manera natural empezamos a ver todo a través de estas falsas creencias que aceptamos para así ser «perfectos» ante la socie-dad en que vivimos y poder demostrar que estamos bien, aun-que por dentro nos estemos desgarrando.

En síntesis, la transparencia individual es tan importante como conocer tu nombre, tu fecha de nacimiento, los números de tu cuenta de banco, etc . Las mujeres —y los hombres también— aprendemos a actuar de acuerdo con lo que se espera de nosotros. Vamos creándonos una segunda persona en nuestro interior que vaya de acuerdo con las expectativas de la gente que amamos o que nos importan. Por ejemplo, tal vez siempre hayas pensado que puedes ahorrar dinero sin ningún problema. Sin embargo, para los más cercanos a ti eres un despilfarrador inca-paz de ahorrar un solo centavo, esa es la etiqueta que en algún momento de tu vida se te impuso, por alguna ocasión en la que te gastaste todo el dinero y tal vez se te quedó el sobrenombre. Entonces, en el momento en que decides con seriedad abrir tu primera cuenta de ahorros, te sientes ridículo, hipócrita, y piensas que, si alguien llegara a enterarse, se reiría de ti, al fin y al cabo, eres un despilfarrador. Eso es lo que se espera de ti, que malgastes y no que ahorres, pues lo primero es lo que te «distingue» de los demás.

En realidad, sí puedes cambiar en el momento en que lo desees. El asunto es que no queremos pagar el precio de tener que enfrentar la ironía y la burla con las que algunos individuos nos tratan. El escepticismo de aquellos que conocen nuestras debilidades, a menudo resulta ser una barrera anímica difícil de

franquear. Sin embargo, hay que pensar que se puede usar el escepticismo de otros con respecto a nosotros de forma positiva, como combustible efectivo para nuestras motivaciones, como el desafío moral que enciende el deseo de alcanzar la meta. Lo que otros piensen de ti no debe ser el problema, sino lo que tú pienses de ti mismo, ¿no es así? Si tú crees que puedes, entonces puedes, aunque los demás piensen lo contrario. Al final, ¿Quiénes serán los Engañados?

Lo importante es reconocer que:

1. Nos autoengañamos para evitar el dolor o para crear felicidad. Y lo hacemos de manera natural al no reconocer nuestras verdaderas emociones o necesidades.
2. Lo hacemos la mayoría del tiempo para ser aceptados por una sociedad que nos aplastaría si no encajamos en lo que se espera de nosotros.

Además de que nos evaluamos por medio de las ideas erróneas que tenemos de nosotros mismos y las creencias negativas de la sociedad que te dice qué debes ser.

Y es entendible que nos dé miedo que nos expulsen de los círculos en los que nos sentimos amados y aceptados. Esto sucede muy seguido cuando la gente con la que nos juntamos no está creciendo con nosotros o no busca moverse de donde está. Cuando tú empiezas a cambiar, la gente se siente incómoda. Hay dos razones por lo que esto sucede:

1. Al tú crecer, ellos se sienten obligados a hacerlo y tal vez no quieran pagar el precio o no quieran poner energía en eso.
2. Ellos han querido cambiar, pero no lo han logrado, con esto tú estarías rompiendo todas las excusas que ellos se han creado para no hacerlo.

Al levantar tus estándares, o levantas los estándares de la gen-te que te rodea, o terminas bajándote a sus estándares de nueva cuenta . . . Y en otros casos, simplemente creas un nuevo grupo que cubre los requisitos que buscas para tu presente y futuro. De manera mágica empiezas a atraer a personas que comparten tus mismos criterios y sueños.

En la vida cotidiana repetimos todos los estereotipos que nos han «colgado» y que nosotros hemos terminado por adoptar como propios, aun cuando ni siquiera nos sintamos bien con ellos: ¡es que es lo único que podemos ser!, solemos pensar, y la realidad es que tenemos un mundo de posibilidades enfrente de nosotros y EN nosotros. No hay nada que no podamos lograr, resolver, crear o cambiar en nuestras vidas, es uno de los beneficios del libre albedrío y es nuestra decisión usarlo o no.

Una buena nueva

Pero tengo una buena noticia para ti. Este es el día en que aprenderás a ser transparente contigo mismo. Para comenzar, hazme y hazte un favor. Sacúdete la vergüenza y mírate tal y como eres. No te juzgues; solo mira en tu interior como si fueras otra persona; mírate con misericordia, como cuando ves a alguien que no ha tenido oportunidades en la vida más que aquellas que lo han traído hasta el punto en el que se encuentra ahora.

Mírate con amor, como nunca antes te has visto. Mírate con pasión, como cuando quieres ayudar a alguien a cambiar el rumbo de su vida; mírate como Dios tu padre te mira. No te mires con pena, con angustia, con coraje, con desesperación. Más bien piensa que por primera vez podrás ver a esa persona que existe dentro de ti; que podrás conversar, evaluar, ayudar y preguntar.

Creo que nunca estás totalmente completo. Siempre hay algo nuevo que aprender, que mejorar, que transformar. Me encuentro totalmente comprometida con mi crecimiento, por lo que siempre estoy invirtiendo en educarme, en descubrir más de mí, de lo que me rodea. En ese afán hace algunos años fui a un entrenamiento en el cual decidí ser transparente conmigo misma, en la búsqueda de saber quién soy y de crecer . . . y ¿quieres saber la verdad? ¡No me gustó lo que vi! Me encontré a mí misma como una persona que siempre era víctima, que todo el tiempo quería controlar a las personas a mi alrededor, muy necesitada de reconocimiento, peleando porque se me amara (como si pelear funcionara). Y entonces, tuve que parar, dejar de ser víctima y simplemente decirme: Ana puedes seguir así o puedes tomar car-tas en el asunto. Así descubrí que, si me miro con más amor, pue-do reconocer las cosas positivas que tengo, puedo ver más posibilidades para mi vida. Y parada desde mi grandeza y no desde mi posición de víctima o de escasez, puedo reconocer dónde me encuentro y cambiar lo que no me sirve.

Imaginemos juntas durante unos momentos

Durante los talleres que imparto, al momento en que explico lo que sucede cuando por primera vez haces una evaluación acerca de quién eres, hago lo siguiente; así que te invito a leer las instrucciones y disfrutar.

Para comenzar imagina que estás frente a tu guardarropa lleno de prendas. Siempre has deseado vestirte muy bien, pero por desgracia, no sabes cómo ni cuándo alguien puso una venda en tus ojos, y esa venda te impide ver qué es lo que tienes en tu guardarropa. Así que día tras día, entras a tu clóset y lo único que haces es tomar una prenda, sin saber si combina o no. Solo te aseguras de que esta prenda cubra lo suficiente y funcione de forma adecuada, para que luego la gente no se queje de tu desnudez. Pero entonces, ellos se quejan porque no combinas apropiadamente lo que usas. Es posible que la prenda que llevas no armonice con quién eres en realidad, pues el color que estás usando en tu blusa no va con tu color de piel. La realidad es que ya te acostumbraste a vestirte sin saber qué es lo que estás usan-do, lo cual hace mucho que dejó de importarte. Te has acomodado tan bien a esa situación, que incluso te justificas

diciendo: Para tener los ojos vendados, la verdad es que lo hago muy bien.

Sin embargo, un día alguien te comenta que tienes muy buen gusto para vestir, y que lo único que te hace falta es poder ver, para escoger de forma acertada. ¡Qué tonto!, piensas tú, ¿es que no ve que tengo los ojos vendados? Pero esta persona insiste en que ha reconocido en ti un gran potencial para combinar ropa.

Esto te perturba, te enoja. Te parece insolente, y piensas: ¿Acaso no entiende? ¡Yo nunca podría escoger bien! Ni siquiera pude escoger el tener esta venda en los ojos, y ahora solo tengo que conformarme con vivir con ella. Sin embargo, esta persona continúa insistiendo, hasta que llega un momento en que empiezas a dudar si en realidad deberías tener la venda puesta o no. La verdad es que nunca has tratado de quitártela. No es que no lo hubieras considerado, más bien es porque te parecía que todo el mundo esperaba que la tuvieras puesta para que no pudieras escoger de tu guardarropa. Piensas: Si está ahí, es por alguna razón. No voy a ser yo quien rompa las reglas para que luego todo el mundo me vea como la persona que se volvió loca y se quitó la venda. ¿Qué si al quitártela encuentras que era mucho mejor tenerla?, al fin y al cabo, así no te dabas cuenta de esa realidad que te asusta porque no la conoces. Alguien la puso ahí por alguna razón. Pero . . . ¿Y si al dejarla te das cuenta de que, de manera ingenua, eras la única persona con una venda?

A fin de cuentas, después de pelear contigo misma duran-te días y noches (esas peleas mentales que solemos tener con nosotras mismas, en las que nos preguntamos, nos contestamos, nos gritamos y nos sentimos tontas una y mil veces), una de esas noches, alrededor de las tres de la mañana, te incorporas en tu cama y te desatas la venda de los ojos. Miras a tu alrededor y descubres que algunas cosas te encantan y otras te parecen horrorosas. Entonces sales corriendo de tu cama y llegas a tu clóset . . . Por primera vez observas todo lo que allí se encuentra. Has esperado este momento toda tu vida, piensas: ¿Qué es eso de vestirse sin saber si lo que uno usa en realidad refleja quién eres? Miras arriba y abajo, y descubres ropa vieja que tú seguías usando porque pensabas que aún podía darte los resultados deseados. Es ropa que ya ni te queda bien y que además te marca los gorditos de la cintura más de la cuenta. También descubres algunas otras cosas que están

completamente fuera del contexto que constituye tu verdadera personalidad.

Observas que hay ropa que está ahí sin haber sido estrenada siquiera, y que no te has atrevido a usar solo porque no sabes cómo te quedará. También encuentras algunas prendas que te habría gustado saber con anterioridad que estaban allí . ¡Qué las tenías ahí justo frente a ti!

Por primera vez observas tu guardarropa en todo su esplendor, y puedes hacer una evaluación concienzuda para decidir qué se queda y qué se va. Así puedes determinar si alguna prenda ya no concuerda con tu edad o con tu plan de vida. Por primera vez sacas y tiras, admiras y valoras toda la ropa que por años no habías podido ver. Así, imagina que hay hábitos, emociones, conductas, que no nos sirven, que no nos van, y que seguimos usando; por el otro lado tenemos los dones y talentos que tal vez nunca hemos usado, porque no nos hemos dado el tiempo para reconocerlos, para reconocernos. Esto lo puedes trabajar tú solo, ¿Qué es lo que tienes para ya no usar en tu vida? ¿Qué es lo que ya no te sirve y por alguna razón te sigues «vistiendo» con eso? ¿Cuántas de estas cosas están creando resultados que no te sirven, tal vez malas finanzas, relaciones fallidas, enfermedades? Quítate la venda y ve por primera vez todo lo que eres sin limitaciones.

Cuando te veas así es como quiero que te veas: como si por primera vez pudieras evaluar quién eres, qué tipo de pensamientos tienes, cómo actúas y cómo reaccionas. Después, quiero que te hagas una pregunta: ¿esta persona que soy ahora me dará los resultados financieros, familiares y personales que deseo en mi vida? Tal vez sea hora de hacer algunos cambios en el guardarropa de tus emociones, tu carácter y tus pensamientos.

Primero, tienes que darte la oportunidad de quitarte la ven-da, para que así puedas hacer una evaluación REAL de quién eres.

Ser transparente y quitarse la venda de los ojos no es fácil. Es mucho más fácil permanecer con ella y acostumbrarse a la indiferencia, asumir que nada pasa; pero la verdad es que el

resultado final habla mucho más de la inconveniencia de continuar con la venda, que de quitársela.

Algo por hacer

Hay dos cosas que quedarían por hacer. En primer lugar, pararte en la humildad y en la compasión y aceptar lo que hay que cambiar, lo que hay que tirar. Acuérdate, si lo puedes reconocer, lo puedes cambiar.

Llora si sientes que quieres llorar. Grita, patalea, incluso ¡enójate contigo misma!, pero decide que esta será la última vez que lo harás por las razones equivocadas; por no saber quién eras en realidad y porque las circunstancias adversas fueron mucho más fuertes que tú y siempre acababan por doblegarte.

Es posible que sientas un terrible coraje; tal vez pienses que es una locura, que esto no dará resultado, que estás actuando de forma equivocada. Recuerda, si crees que funciona, será efectivo para ti. Si piensas que no dará resultado, entonces estás cerrando la puerta de las oportunidades. Mas si lo haces, acepta con honestidad que fuiste tú misma quien lo hizo, no culpes a nadie. Nadie además de ti misma tiene responsabilidad ni parte en los resulta-dos que obtienes en tu vida.

Por último, perdonarte y perdonar. Conforme haces este ejercicio una y otra vez, te darás cuenta de que hubo personas que influenciaron tu vida de manera positiva y negativa. También podrás ver con más claridad las veces en que tú misma creaste situaciones y hábitos que solo te estaban lastimando.

Perdonarse a uno mismo es de las cosas que la gente no entiende que es importante para crear estabilidad financiera. Pero esto es así . . . Si tienes sentimientos de culpa, esta se encargará de que creas que no mereces nada, y eso incluye riqueza, abundancia.

Perdonarse es un acto de fe, un acto de amor y de compasión. Y no fue de lo que más nos dieron en nuestras casas, y menos en la sociedad.

Pero si no te perdonas, no puedes perdonar. La mayoría de nosotros no somos capaces de dar lo que no tenemos. No podemos entender por qué se debe dar una oportunidad, si a nosotros no se nos dio. Pero el espacio que llena el rencor, la angustia y la culpa es tan grande, y la energía que utiliza para alimentarse es tanta, que no nos damos cuenta de que después no tenemos intenciones de crear nada, porque estamos totalmente drenados.

Así que hoy te invito a que eches fuera todas esas emociones que te perturban y continuemos con el siguiente ejercicio.

Elabora una lista de todas las actitudes, paradigmas, mapas mentales, ideas, hábitos, cualquier cosa que no te guste de ti y que quisieras cambiar para poder alcanzar tus metas. A un lado escribe la palabra por la que quisieras cambiarla. Después, dobla la hoja y pégala cerca de algún lugar donde puedas verla con facilidad. Ponla por el lado donde escribiste lo que quieres llegar a ser. Los lugares que recomiendo para pegar esta hoja son: el baño (sí, ahí donde nadie te molesta y de cualquier manera quieres leer algo), la puerta de tu refrigerador, enfrente de tu escritorio, en tu cajón de la ropa interior. . . Ponla en los lugares donde acostumbras a pasar mucho tiempo. Cada vez que estés cerca, léela diciendo: «Yo soy etc ., etc»., y luego termina con la frase «¡AHORA!». Este ejercicio practicado con regularidad da mucho poder. Declarar que ya eres lo que escribiste es un ejercicio que funciona porque el subconsciente empieza a alinearse poco a poco con la realidad que estamos proclamando.

Para cuando termines de leer este libro, también habrás terminado con hojitas dispersas por todos lados; esa es la idea, que tú misma te entrenes y aprendas a estimular tu subconsciente de forma tal que puedas reinventarte a ti misma las veces que sea necesario.

Por mucho tiempo, una gran parte de nosotros pensamos que lo que éramos, era lo que teníamos que «vestir» o que ser. Cuántas veces no escuchaste: Así soy y así me voy a morir. Es muy difícil cambiar . . . La gente ya no cambia y yo menos.

Todo eso no es cierto, si no ¿cómo funcionaría la gracia de Dios sobre nuestras vidas? ¿Cómo funcionaría el poder de la cruz en nuestras heridas?

No compres ideas añejas y cerradas. Estamos en la era de la innovación, ¡tómalo primero para tu vida, y después lo podrás usar en tus finanzas y en tus negocios!

El arte de reinventarnos

Si te estás preguntando: Pero ¿qué es reinventarme? y ¿Por qué necesitaría yo reinventarme? Reinventarse es como volver a nacer, es permitirte ser como el ave fénix, como la mariposa. Es permitirte usar el versículo Romanos 12 .2 que habla de renovación de la mente. Cada vez que nos renovamos, creamos una nueva parte en nosotros que tal vez no sabíamos que éramos capaces de crear. Es usar nuevas capacidades, nuevos esquemas de procesamiento de lo que nos sucede. Es redefinir qué soy, quién soy y cómo creo mi vida.

Te sugiero que pienses en esto: cada vez que cambiamos de trabajo, de amistad, de pareja, o cuando tenemos un hijo, algo en nuestra vida cambia. Necesitamos reinventarnos íntimamente para poder aprender a lidiar con ese nuevo reto que comienza en nuestra vida. De modo que tú puedes ir cambiando tus listas, dependiendo de lo que vas logrando y lo que se va modificando en tu camino; de hecho, si no te estás reinventando, renovando o innovando en tu vida, entonces estás retrocediendo o muriendo en algún área. El mundo ahora se mueve muy rápido y nosotros nos hemos tragado la idea de que las cosas se deben hacer de manera lenta para que funcionen; según mi parecer, esto es solo una excusa para no tener sentido de urgencia. El punto es: TÚ eres un ser en cambio, movimiento, transformación, renovación e innovación

constante. No hay nada más gratificante que subirte a la siguiente montaña y ver que todavía hay mucho más por conquistar.

Debes practicar la transparencia para así poder reconocer tus áreas, esas que si cambias podrían ayudarte a obtener los resulta-dos que tanto deseas. Y conforme vayas convirtiéndote en la persona que requieres ser, te darás cuenta de que esto nunca termina.

Yo he aprendido que hay cosas que no son opcionales en la vida. Ser quien debes ser no es una opción. La transparencia contigo misma tampoco es opcional; tiene que ser un DEBER, porque si no eres transparente, estás permitiendo que alguien que no eres tú viva tu vida. Esa persona que no conoces bien porque no eres tú, es un intruso que se ha colado en tu personalidad y te ha hecho creer que no hay nada más que hacer, que solo te resta vivir la vida del mismo modo en que la has estado viviendo.

En el 2010 decidí regresar a México. No fue una decisión fácil, y sí muy dolorosa. Primeramente, tuve que ser transparente con-migo misma, con todo lo que no me gustaba de mi vida, mis resultados y con lo que tendría en el futuro si no cambiaba de manera radical. El simple hecho de tener que aceptar en donde me encontraba y POR QUÉ, era muy doloroso. Siempre queremos ignorar, minimizar y hasta mentirnos para no ver lo que hemos creado. Hay algo que siempre he deseado en mi vida y es llegar a veinticinco años de casada. Aún lo anhelo en mi corazón, no pierdo la esperanza.

Si alguien más lo ha logrado, entonces yo también puedo. En diciembre del 2010 tomé una de las decisiones más dolorosas de mi vida, un segundo divorcio. Separarme de quien yo pensé que sería la última persona que vería antes de cerrar mis ojos para ir a la presencia de mi padre. El simple hecho de imaginarme sin él me hacía un hueco en el estómago y me empezaba un dolor en el pecho . . . En circunstancias como esas, ¿Quién querría ser

transparente? Lloraba y lloraba pensando que si lo hacía algo se lavaría en mí, o poco a poco el correr de mis lágrimas irían borrando los recuerdos y las culpas. Pero nada de eso pasaba, de hecho, mientras más transparente era conmigo mis-ma, más dolor creaba, más culpable me sentía, y el hueco en mi estómago ahora se había expandido a mi pecho, mientras que el dolor de mi pecho ahora estaba en mi estómago, espalda, cabeza . . . Creo que no había un área de mi cuerpo que no me doliera a consecuencia de lo que estaba descubriendo y viviendo en ese tiempo. Como lo comenté anteriormente, nos vamos creando estereotipos de lo que «debe» ser, y aunque sea infeliz o haga infeliz a mi pareja, prefiero quedarme ahí a esperar a que Dios haga el milagro . . . pero y ¿si ese milagro nunca llega? ¿Si de hecho estamos totalmente fuera de lo que Dios nos pide? ¿Si ni siquiera nos acordamos de él?

Tener que ser otra persona que no eres para que se te ame y se te acepte, tarde o temprano termina por matarte por dentro, por aprisionar tu espíritu, por enjaular tu propósito de vida y por pudrir tus sueños.

Y así, un día me di cuenta de que no solamente yo estaba podrida por dentro, también estaba pudriendo a mi pareja y a mis hijos.

Creo que después de ser transparente conmigo misma, lo primero que tuve que hacer (claro, después de llorar y culparme) fue aceptarme, como te decía, verme yo misma con más misericordia. Aceptar que todos nos equivocamos, y si bien algunos se equivocan en otra área, yo me había vuelto a equivocar en el matrimonio. Y no que me haya equivocado de pareja, creo firmemente que durante el tiempo que duró, eso era lo que yo necesitaba. Recuerdo a mi exesposo sentado delante de mí, diciéndome: «Tal vez es hora de que vueles, de que separemos nuestros caminos». Y aunque por dentro yo sabía que eso era lo mejor para los dos, también adentro de mí algo me decía que debía seguir luchando como lo hacía con mi padre. Pero ahora entiendo que era totalmente absurdo. Los dos en algún momento del camino habíamos decidido que no podríamos hacernos felices, y sin ayuda de alguien profesional, simplemente se fue agudizando.

Cuando pude verme con más misericordia, pude ver también las cosas con mayor objetividad. Empecé a dejar de juzgarme y a tomar más acción. Me paré ante la cruz y le pedí a Jesús que limpiara mis heridas, que curara mis dolores y me diera una razón más poderosa para seguir adelante. La respuesta siempre estuvo ahí. Él es mi razón.

Pude atreverme a abrir mis alas y volar hacia mis sueños. Nunca las decisiones que van totalmente en contra de lo que la sociedad espera, son fáciles de tomar y de accionar. Pero creo que no ha habido alguna de ellas que yo haya tomado, que al final me haya arrepentido. Me equivoco y mucho, porque estoy en constante movimiento, me caigo, me lastimo, me vuelvo a levantar . . . todo eso no sucedería si no estuviera en movimiento.

Si es cierto que las misericordias de Dios son nuevas cada día, yo soy la primera en reclamarlas. Pero para reclamar las correctas, primero tuve que ser transparente conmigo misma.

Mi consejo para ti en ese sentido se resume en las siguientes líneas: Pon color a tu arcoíris, date la oportunidad de amarte y respetarte. Dios tiene pensamientos de bienestar, de grandeza y prosperidad para ti.

Hazte el favor de sacudirte la vergüenza, la culpa, mírate tal y como eres. Atrévete de una vez por todas a ser transparente contigo misma. A ver la grandeza en ti, la grandeza de nuestro Padre.